
PRÓLOGO

Á LA MISCELÁNEA HISTÓRICA, POLÍTICA Y LITERARIA

DE DON FRANCISCO CAÑAMAQUE

Exigencias cariñosas de la amistad obligannos á escribir las primeras páginas de este libro, no sin que lamentemos que la extremada modestia de su autor haya preferido confiar tan delicado encargo á un desconocido en el mundo de las letras, cuando le hubiera sido fácil conseguir un prólogo brillante, lleno de interés y con una firma ilustre que viniera á dar más honor y más vida á la MISCELÁNEA HISTÓRICA, POLÍTICA Y LITERARIA. El ilustrado autor de *El Derecho moderno* no ha querido que así suceda; y al aceptar el compromiso, no como cosa en armonía con nuestras fuerzas, sino como testimonio del afecto de un antiguo compañero, procuraremos ser breves en nuestro juicio sobre la obra, dejando al buen sentido de los lectores la imparcial apreciacion de las enseñanzas y bellezas que contienen estos trabajos, con tanto acierto y tanta oportunidad coleccionados por el Sr. Cañamaque.

En tres grupos podemos dividir su libro: artículos históricos, artículos literarios y artículos políticos, conteniendo tambien dos interesantes estudios filosóficos y varias composiciones poéticas.

*
*
*

El Dos de Mayo, Mirabeau, Danton y Vergniaud forman el grupo de los trabajos históricos.

En el primero, ¡con cuánta verdad se describe el imponente silencio precursor de la tormenta que al fin estalla cuando los pueblos se cansan de soportar el yugo de los tiranos! ¡Qué bien entendido está lo que siente el pueblo español cuando ve es-

carnecidas sus libertades y hollada su independencia! ¡Qué entonacion, qué fuego al pintar cómo corren á la pelea los que prefieren morir con gloria á seguir viviendo la vida de la opresion y la vergüenza! Hoy que tan caidos se encuentran los caractéres; hoy que el desaliento enfria todos los corazones y se ve que agoniza en nuestros pechos el sentimiento de la patria; hoy que arrastramos uno de esos momentos históricos que parecen elegidos para que las naciones expíen sus pecados de otras épocas; cuando la generalidad de los hombres solo aspira al mejoramiento personal y á la grosera satisfaccion de ridículas vanidades, ¡cómo refresca el alma la memoria de aquellos dias de luz! ¡cómo consuelan las narraciones de tantas gloriosas hazañas, en las que parece agotaron nuestros padres todo el fuego y toda la virilidad que habia en la caliente sangre española!

Al estudiar los hombres de la Revolucion francesa en estos instantes, cuando tan cerrados se ven los horizontes y se presienten las duras pruebas á que puede verse sujeto nuestro desdichado país, el Sr. Cañamaque presta señalado servicio á la sociedad y á los hombres que de buena fé suspiran por la regeneracion y la felicidad de la patria. La vista de la sangrienta oleada; el recuerdo de aquella *sublime locura*; los detalles de aquel extraño drama donde todo era grande, lo mismo las heroicidades que los crímenes; las sacudidas de aquel pueblo gigante que despues de haber conmovido los tronos de Europa cayó, por sus propias divisiones y miserias, rendido á las plantas del Consulado y del Imperio; la ceguedad con que se devoraban los más poderosos hombres de la Revolucion dando vertiginoso movimiento á la fatal guillotina; las envidias, los errores, las pasiones que se ven y se tocan en los estudios de nuestro amigo son de indisputable oportunidad y encierran grave y provechosa enseñanza; que si las revoluciones bien dirigidas enaltecen á los pueblos, cuando de tal modo se desbordan, más que benéficas corrientes son trombas asoladoras que todo lo destruyen y esterilizan.

El retrato de Mirabeau es el primero que aparece en el libro; y aunque encontramos semejanza y está bien entendido el carácter de aquel hombre á cuya arrebatadora palabra todo cedía, figúrasenos que el autor, amante del arte y apasionado

por los grandes oradores, alza demasiado á este pervertido personaje, reflejando sobre él más luz de la conveniente y tomando á su paleta brillantes colores que un buen artista no debe consumir para trazar figuras que, por sus vicios repugnantes, sus veleidades y sus traiciones, deben siempre aparecer—por inmenso que su genio sea—solamente *abocetadas* y medio hechas en fondos nebulosos y oscuros.

Como estudio histórico y como forma literaria este trabajo nos satisface cumplidamente; pero lamentamos que nuestro amigo—sin apartarse de la verdad y sin cubrir las inmoralidades del irascible orador del *Juego de pelota*,—rinda tan ferviente culto á su talento y lo levante á tan prodigiosa altura. Sobre el genio, sobre el arte, sobre los arrebatos de la palabra debe estar la honradez, la consecuencia, la seriedad y la fé de los hombres políticos: que en estos tiempos que corremos de veleidades y de desencantos, es preciso que el historiador sea altamente severo con los que borran sus programas y olvidan sus principios y se burlan de lo que ayer dignificaron. Hoy es necesario ser fuertes con los que alientan las revoluciones y luego las traicionan; hoy más que nunca es preciso ser severos con los que despues de haber enloquecido con sus halagos á los obreros de las ciudades y á los trabajadores de los campos, desprecian á estos infelices y se hacen serviles cortesanos de las aristocracias y los poderosos; en estos dias de transicion y dificultades, el que hace historia debe ser duro con los caracteres que caen, pues no siempre los que hablan más y hablan mejor son los que más sienten y los que obran con mayor honradez. Indudablemente el Sr. Cañamaque, al hacer este estudio, dejándose arrastrar por sus aficiones hácia los príncipes de la tribuna—justificada admiracion que nosotros tambien sentimos,—no ha tenido en cuenta las inmensas desdichas que pueden caer sobre un pueblo cuando uno de esos genios se extravía, ó se endiosa ó se arrepiente.

Más completo, más imparcial y más en armonía con el presente momento histórico parécenos el estudio de Danton. Refiriéndose al hombre del 10 de Agosto, que con sus bravíos arranques se imponia á los indomables convencionales, el autor penetra en la conciencia del personaje que examina, y ve el fondo de su pensamiento, y se detiene en sus actos, y deja im-

preso en el papel con clara y galana forma el carácter del que, á pesar de la fealdad de su rostro, era la más simpática figura de la Montaña.

Después de juzgarlo en general como estudiante, como tribuno, como hombre de Estado, se ocupa de los acontecimientos más grandes de su vida, y al detenerse en la conducta de Danton al llegar los tristes sucesos de Setiembre, nuestro amigo estima que arrastrado por el deseo de comprometer gente por la revolución, fué cómplice de la matanza que impulsó Marat; pero le hace justicia no creyéndole perverso ni débil en aquellos horribles días. Conoce sus esfuerzos por reparar la falta cometida y consigna que se acercó á los girondinos, poniéndose en inteligencia con el general Dumouriez. Pero ni esto, ni el fuego con que se expresaba desde la tribuna de la Convención, ni el entusiasmo que supo inspirar á las gentes que electrizadas por la magia de su palabra corrían á morir en la frontera, ni el haberse presentado él mismo repetidas veces ante los ejércitos que combatían, nada fué bastante á borrar sus extravíos; y aunque continuaba unido á la Gironda era víctima constante de las ironías y las reconvenciones de aquellos impresionables jóvenes, teniendo como único amigo al generoso Camilo Desmoulins.

Afortunado está el Sr. Cañamaque al presentarnos en toda su fría desnudez las funestas consecuencias de las exageraciones y las locuras políticas; que si los que retroceden y se arrepienten y caen en la reacción merecen ágras censuras, también alcanza tremenda responsabilidad á los que, deseosos de retener una mal entendida popularidad, violentan los acontecimientos, desencadenando tempestades que luego rugen y estallan sobre sus propias cabezas.

El ejemplo de Danton que después de haber excitado á los más ardientes, se espantó de su obra y prefiriendo ser guillotinado á ser guillotinator intentó inútilmente enfrenar la demagogia y restablecer el orden; debe ser recordado en estos días á los que olvidando recientes enseñanzas y sin haber aprendido nada en sucesos que todos los buenos lamentan, quieren extremar las soluciones, y todo les parece poco, y todos los hombres les parecen tibios.

Ese estudio del Sr. Cañamaque, á cuya conclusion rueda la

cabeza de Danton oyendo el gran tribuno como canto funeral las groseras imprecaciones de las turbas que él mismo desencadenara, es de gran interés hoy y debe ser leído detenidamente por los insensatos que al predicar la intransigencia empujan la marea que tal vez algun día llegue á ahogarlos.

En los estudios de aquellos hombres extraordinarios se destaca majestuosa y bella la generosa figura de Vergniaud. Nuestro amigo, entendiendo perfectamente lo que era y lo que representaba el jefe de los girondinos, describe con rica entonacion su noble figura, detiéndose en mostrar los rasgos más culminantes de aquel gran carácter, y se extiende en atinadas consideraciones que acusan la meditacion con que ha estudiado los actos y los propósitos de aquel simpático grupo de jóvenes cuyos atrevidos esfuerzos no lograron evitar la preponderancia funesta de Marat y Robespierre.

Despues de consignar la valentía con que Vergniaud hizo uso de su prodigiosa palabra en los tempestuosos debates sostenidos para decidir la muerte de Luis XVI, declara imparcialmente la debilidad de los girondinos en el instante supremo de la votacion; debilidad que llevó más tarde á sus corazones vergonzoso remordimiento. Sentidas y discretas son las páginas que el Sr. Cañamaque consagra á los que, levantando la bandera descentralizadora, querian despejar el cargado cerebro de la Francia, llevando á las provincias parte de aquella febril agitacion revolucionaria que enloquecia á París, y que con horrible frecuencia se determinaba en sangrientas congestiones.

El trabajo de que nos ocupamos prueba los inmensos beneficios de la descentralizacion, y la justicia con que las modernas escuelas exigen hoy la autonomia de la provincia y del municipio. Este acabado estudio nos enseña los peligros que las naciones corren cuando todo su calor y toda su vida se halla reconcentrada en la capital. Existiendo esos grandes centros las oleadas son más furiosas, y más imposibles de dominar las tempestades á cuyas sombras suben á la superficie los audaces y los perversos.

La poca importancia de los departamentos y la influencia decisiva de París llevó al cadalso á los girondinos, que representaban el elemento más notable y más digno de la revolucion,

asegurando el triunfo á los terroristas, los cuales desataron las turbas. Y éstas, que solo en los grandes centros pueden imponerse á las gentes honradas, fueron las que ahogaron la república en mares de sangre, las que poco despues de apedrear las carretas que conducian á Vergniaud y sus desdichados amigos, se arrastraban á las plantas de un soldado de fortuna gritando: ¡Viva el emperador!



La Mujer, Los Andaluces y El Periodista son bellisimos artículos literarios hechos con generoso deseo.

Propónese en el primero nuestro amigo mejorar las condiciones sociales de la mujer, abrumada al peso de tantos deberes y con derechos tan menguados que no están en armonía con nuestra presente civilizacion. Haciendo discretos razonamientos, afirma el Sr. Cañamaque, como nosotros tambien lo afirmamos, que esos delicados séres tienen organismo igual ó superior al del hombre, y manifiesta la justa aspiracion de que la sociedad otorgue á la mujer una educacion distinta de la que hoy recibe, abriendo nuevos caminos á su inteligencia y concediéndola medios para que se engrandezca y se regenere.

Describiendo el carácter franco, leal y activo de los andaluces, el autor hace cumplida justicia á sus paisanos y desvanece la equivocada creencia de que los hijos de aquellos risueños pueblos carecen de seriedad y de energía. Concede imparcialmente á cada region de nuestra patria sus glorias, sus recuerdos históricos y el mérito de sus hombres; entiende perfectamente el carácter andaluz al sostener que reúne la franqueza del aragonés, la hidalguía del castellano, el genio arrojado del astur; y para demostrar lo que los hombres de aquel país representan en el mundo de la ciencia, de la política, de las armas, del arte, de las letras y de la elocuencia, escribe al azar algunos ilustres nombres, cuyo corto número no debe servir para dar idea de los héroes y de los sábios que han nacido bajo el claro cielo de Andalucía; pues á proponerse el Sr. Cañamaque citarlos á todos, no hubiera tenido espacio para ello en las trescientas páginas de su libro.

El Periodista es un artículo escrito con gran entusiasmo, donde se ven las inquietudes, las alegrías, los esfuerzos de los

que confían su porvenir y sus esperanzas al éxito de las cuartillas que precipitadamente emborronan; es un estudio hecho con honrado propósito, y tiende á levantar á los hijos de la prensa, dando acabada idea de los desencantos y de las amarguras que devoramos los que vivimos en estos dias de prueba la vida inquieta y difícil del periodismo.

El *Diálogo entre Ciceron y Demóstenes*, tomado de la magnífica obra de Fenelon *Diálogos de los muertos antiguos y modernos*, es una traduccion correctamente hecha, que debe ser leida por cuantos aman la buena literatura. Este trabajo tiende á desvanecer la falsa idea que algunos tienen de la elocuencia, que segun Platon no es otra cosa que la razon apasionada, y demuestra que el verdadero orador no es el que habla con mayor facilidad y más brillantez, sino el más sincero y el más virtuoso, *el varon honrado instruido en el decir*, como afirmaba el severo Quintiliano.

Leyendo las composiciones poéticas que van en las últimas páginas de este libro, sentimos consignar, con la imparcialidad y franqueza que nos caracteriza, que no está en ellas el autor á la altura que le hemos encontrado en sus trabajos en prosa. No es esto, sin embargo, decir que sean malos los versos del Sr. Cañamaque. En estas producciones, más que otra cosa lo que notamos es el descuido natural del que no ha cultivado con empeño y detenido estudio este ramo de la literatura. Los versos son fáciles, espontáneos, y entendemos que nuestro amigo tiene condiciones de talento y de inspiracion para hacerlos mucho mejores, si con verdadero empeño se dedica al cultivo de la poesía.

Mucha intencion política vemos en los *Apuntes para una caricatura*, donde el autor presenta uno de esos tipos repugnantes que por desgracia existen para tormento y vergüenza de nuestra sociedad. ¡Cuántos nombres acuden á la memoria al leer estos satiricos apuntes! ¡Cómo se fija el pensamiento en ciertos personajes que hoy nos deslumbran con su fausto y que, como el *Juan José* que el Sr. Cañamaque nos pinta, se encumbraron á fuerza de inmoralidades, explotando la política y en alas de la osadía y la desvergüenza!

Exacta y en armonía con nuestra manera de sentir es la definición de *La Libertad*, que nuestro compañero hace en el bellísimo artículo que publica con ese nombre. Refléjase en este trabajo el entusiasmo que anima al jóven escritor, la perfecta idea que tiene del derecho, y su devocion á la democracia. La forma del artículo es brillante, se halla nutrido de los más delicados pensamientos, y la tendencia que lo inspira es tan patriótica como levantada.

*
* *

En nuestro deseo de citar todos los trabajos que forman este libro, nos hemos extendido mucho, fatigando sin duda al lector, é invadiendo más espacio del que podíamos disponer. Obligarnos esto á terminar ya nuestra tarea; pero no haremos punto sin exponer algunas ligerísimas consideraciones sobre dos interesantes estudios que tienen cierto carácter filosófico: titúlense *La Masonería y Carácter distintivo del siglo XIX*.

El primero es una delicada refutacion al folleto que sobre la francmasonería publicó hace algun tiempo monseñor Dupanloup. En este trabajo, con el respeto y comedimiento debido á la venerable persona á quien se dirige, procura el Sr. Cañamaque, á nuestro entender con sólidos y bien meditados argumentos, dejar sin fuerza las extrañas afirmaciones del ilustre obispo de Orleans. Deshaciendo antiguos y vulgares errores; probando que la masonería no es enemiga de ninguna religion, ni ataca á la sociedad, ni pervierte la familia; combatiendo suposiciones absurdas, cuya inexactitud conocen en el fondo de su conciencia los mismos que las propalan, el autor completa su trabajo sosteniendo que la francmasonería es una asociacion humanitaria que tiene por principal objeto estrechar los lazos que deben unir á todos los hombres, aunque se hallen separados por las creencias, por la raza y por las más inmensas distancias.

Y esto que sostienen los amantes de esa misteriosa institucion, hemos tenido nosotros ocasion de observarlo durante nuestra larga permanencia en Africa, viendo con asombro cómo en aquel país salvaje se agrupaban en sus lógias judíos y católicos, mahometanos y protestantes, tratándose con ca-

riñosa fraternidad y protegiéndose mutuamente, sin perder ninguno el fervor de sus creencias religiosas.

En otro artículo que, aunque de escasas dimensiones, está hecho con reflexion y escrito primorosamente, sostiene nuestro compañero que *la duda es el carácter distintivo del siglo XIX*; y para fortalecer su afirmacion estudia los caractéres de otras épocas, cita los progresos modernos, y declarando que el presente nos deslumbra, reconoce con serena imparcialidad los gigantescos trabajos de las edades pasadas, estimando que aquellos esfuerzos, despues de haberse librado récios combates entre la libertad y la reaccion, la filosofía y el milagro, la ciencia y la fé, nos han levantado á la altura en que vivimos.

Delicado es el asunto para que nos permitamos entrar en él dadas las limitadísimas condiciones de nuestro trabajo; pero al aplaudir las bellezas y las excelentes ideas que salpican este artículo del Sr. Cañamaque, deseamos se entienda que no creemos con nuestro amigo que la fria duda sea el carácter distintivo del siglo presente.

Cuando llegan á realizarse las más sorprendentes maravillas, ni aun siquiera soñadas en los tiempos que pasaron; cuando la ciencia lo abarca todo y todo lo explica; cuando el hombre se alza redimido, y el que fué despreciable pária en los primeros tiempos, y mísero esclavo en Atenas y Roma, y siervo sujeto al terruño en las edades medias, se encuentra en la plenitud de sus derechos, señor de su razon y su conciencia, que los eclipses pasajeros de la libertad nada significan si se ve y se toca la grandeza del momento histórico que alcanzamos; cuando todo se investiga y todo se comprende, ora revolviendo el seno de la tierra y el fondo de los mares, ó ya expiando la marcha y los misterios de los mundos que ruedan por los espacios infinitos; cuando se encadena el rayo y su chispa destructora es explotada para llevar la palabra humana de uno á otro confin de la tierra; cuando la criatura se dignifica viendo que fuerzas artificiales vienen á suplir la fuerza bruta, y el vapor anima las fábricas y mueve las maquinarias que arrancan la riqueza de nuestros campos, y á su potente empuje los trenes cruzan el corazon de la montaña, y ciudades ambulantes se deslizan con majestad sobre las ondas azuladas de los mares; cuando vemos lo que el arte representa, lo que la filo-

sofía explica, lo que el genio del hombre consigue, no debemos, no podemos aceptar que el siglo decimonono sea el siglo del excepticismo y de la duda.

Nuestro siglo es siglo de fé, de lucha y de afirmaciones. Los que aceptan la tradicion del pasado, los que cierran sus ojos á la luz y repudian las conquistas de la ciencia, los que por respeto ó por amor á la memoria de sus mayores acatan lo milagroso y lo imposible, esos no dudan: tienen fé ciega, y por la fé se explican lo que su entendimiento resistese á comprender. Y los hombres que avanzan á la vanguardia de su época, los que combaten el error, los que han visto ráfagas de luz en la geología y en la ciencia prehistórica, los que fijándose en otros mundos y examinando la naturaleza disipan misterios que durante largos siglos han tenido embaucada á la humanidad, esos tampoco dudan: esos combaten y destruyen; pero al mismo tiempo afirman los gravísimos problemas que la razon ha resuelto, dando lugar á supremos conflictos entre las ciencias naturales y las religiones positivas.

Conformes con el Sr. Cañamaque en que esta es época de febril agitacion, de disputa y de terribles convulsiones, como él esperamos que la sociedad presente recobre al fin su perdido asiento, y que la revuelta oleada pase, brillando el sol de la civilizacion y de la libertad cuando ménos en todos los pueblos latinos, sobre cuyo cielo se cierne hoy amenazante el ángel fatídico de la guerra.

ANTONIO LUIS CARRION.

ORGANIZACION MILITAR

(Continuacion.)

CAPITULO III.

La instruccion militar obligatoria.

Consecuentes con los principios que hace mucho tiempo venimos exponiendo, seguimos deseando un ejército profesional y la organizacion militar del país por clases, ó sean reservas, determinadas en virtud de la edad y de otras condiciones personales; tratamos de utilizar los servicios de los jefes y oficiales del actual ejército, necesitando aún algunos más, en ventaja de los intereses particulares de aquellos y mayor aún de la nacion que, con el mínimum relativo de gasto, obtendrá el máximun de su fuerza pública y así logrará una sólida institucion que la haga respetar en Europa y que en el interior garantice plenamente la conservacion del orden público.

Pero respecto á detalles y pormenores de ejecucion, como no pasa día sin que tratemos de perfeccionar nuestro pensamiento con la esperanza inquebrantable de que alguna vez pueda utilizar la patria nuestros desvelos, aunque esto suceda cuando ya ni existamos siquiera, hemos enmendado y modificado muchas veces nuestras ideas en sentido cada vez más avanzado, y estamos ya muy lejos de lo consignado en los proyectos de ley que presentábamos á las Cortes en union de nuestro compañero Vidart, inspirados en el mismo espíritu de las cartas que este distinguido escritor, militar y filósofo dirigió al Sr. D. Nicolás Salmeron en Setiembre de 1873 y ha reproducido en su folleto *La fuerza armada* en 1876.

Mucho sentimos tener que combatir una vez más lo expuesto por el Sr. Vidart; pero la materia es importantísima, las palabras de nuestro amigo justamente autorizadas, y por consi-

guiente muy trascendentales los involuntarios errores en que, segun nuestro falible criterio, ha incurrido para el caso posible de ensayarse el sistema del armamento nacional en nuestra patria.

La discusion entre nosotros reúne muchas garantías de producir resultados beneficiosos y fijar bien algunas ideas importantes por la competencia que, al ménos en el Sr. Vidart, debe reconocerse; por hallarnos ambos en lo más fundamental conformes; por desear uno y otro el mismo fin general, y porque con tales condiciones, ni el rencor político, ni las marcadas diferencias de escuela, ni el amor propio pueden cegarnos al uno ni al otro, ni hay interés que logre impedir la noble confesion de nuestras equivocaciones si nos convencemos de haber incurrido en ellas.

Así ayudaremos á establecer de antemano ciertas verdades que evitarán vacilaciones funestas, porque, como dijo muy bien el desgraciado general Cluseret, ministro de la Guerra de la *Commune*, en su precioso libro *Armée et Democratie*, que publicó en 1869, «cuando uno se ha comprendido la vispera no se sorprende al dia siguiente. Que cada cual haga lo mismo en su especialidad.»

Sin desear ni para el Sr. Vidart ni para nosotros la suerte de Cluseret, bien podemos imitarle en sus nobles esfuerzos por colocar la cuestion militar al alcance del elemento civil, siguiendo la máxima de que todo ciudadano es apto para discutir sus propios intereses, sean militares ó de otro género.

Al final de su última epístola al Sr. Salmeron dice nuestro amigo Vidart: «Ahora bien; en estas cartas yo sé que hay algo »de *nuevo* y algo de *bueno*; pues nueva es—al ménos yo no la »he leído en ningun autor—la idea de fundar el organismo del »ejército en la instruccion militar obligatoria, y buena es la »intencion con que las he escrito.»

La parte de *bondad* es notoria y sinceramente la aplaudimos; pero respeto á la *novedad*, ¡distingamos! como dicen los escolásticos.

Al manifestar que no ha leído la idea de fundar el organismo del ejército en la instruccion militar obligatoria, olvida un modesto trabajo que publicamos á principios de 1870, y que el Sr. Vidart nos ha hecho la honra de citar más de una vez.

En él consignábamos textualmente en la base cuarta: «*El ejército en instruccion, que comprende á todos los ciudadanos de veinte á veintin años,*» etc., y redactábamos la base sétima en estos términos: «En todas las escuelas y establecimientos de instruccion, excepto en los seminarios conciliares, los jóvenes que pasen de quince años de edad se ejercitarán una vez por semana en el conocimiento y manejo de las armas, y una vez al mes en la instruccion del recluta ó en la de compaña.» Idea vieja y practicada en Suiza mucho antes de que la adoptásemos nosotros en la teoría.

Si el Sr. Vidart la reivindica como suya en el concepto de convertir este ejército de *instruccion* en un verdadero ejército *activo* y permanente, segun de sus últimos escritos se deduce, entonces le abandonamos toda la gloria de la iniciativa; pero advirtiéndole que la novedad se reduce á no llamar las cosas por su nombre, á no explicar con claridad el pensamiento, á envolverle en nebulosidades y cometer (dispense la dureza de la locucion por su exactitud) una gran hipocresía.

El ejército en *instruccion* que nosotros proponemos no tiene más objeto que *instruirse*, como declara el sentido recto de la voz que le designa. El ejército en instruccion del Sr. Vidart sustituye en todas sus funciones al permanente de hoy; sirve para mantener el orden público, dadas las condiciones «*normalmente anormales* de esta tierra de España;» para nutrir, por lo ménos en parte, la infantería de marina, la guardia civil, los ejércitos de Cuba, Puerto-Rico, Filipinas y Fernando Póo, y para combatir, en consecuencia, la actual insurreccion cubana.

¿Puede llamarse esto ejército en instruccion?

¿Responde, ni remotamente, á la idea que despierta este nombre, tal como se emplea?

Para que no se crea desfiguramos sus conceptos, copiaremos las frases mismas, párrafos enteros del Sr. Vidart.

En las páginas 56 y 57 de sus cartas al Sr. Salmeron, y en las 43 y 44 de su último folleto, dice así: «Réstame por examinar si el ejército español, *constituido conforme al principio de la instruccion militar obligatoria*, cumpliría con las condiciones propias del fin para que *se le destina; asegurar la paz interior del país y defender la honra y la integridad de la patria.*

»Para comenzar la prueba en favor del sistema de organiza-

»cion militar que en mi primera carta propuse, hay que determinar el número de hombres que normalmente han de formar parte del ejército español. Suponiendo que no existiese la guerra de Cuba, ni la guerra contra los carlistas, ni el levantamiento cantonal; suponiendo que no existiesen ninguna de esas luchas armadas en los períodos relativamente normales de nuestra vida política, la fuerza del ejército se ha fijado en esta forma:

Ejército de la Península.....	80.000
Infantería de Marina.....	4.800
Isla de Cuba.....	16.000
Puerto-Rico.....	3.500
Filipinas.....	1.500
Fernando Póo.....	500
	106.300

»Es decir, que el número de hombres que son necesarios para formar nuestro ejército, dadas las condiciones *normalmente anormales* de esta tierra de España, es, en cifra redonda, el de 100.000 combatientes.

»Ahora bien: el número de mozos que cumplen anualmente veinte años (1) es 144.000, de los cuales se exceptúan por diversas causas un 54 por 100, y quedan, por lo tanto, declarados válidos para el servicio de las armas 66.240 hombres.

»Durando dos años el servicio militar *en el ejército en instrucción*, *habría SIEMPRE dos contingentes* SOBRE LAS ARMAS, lo cual daría como total de soldados *de dicho ejército* el producto de dos multiplicado por 66.240 ó sea 132.480 hombres.

»Se ve, pues, que este número de hombres excede de los 100.000 soldados *necesarios* PERMANENTEMENTE en España en 32.480.»

Y más adelante, página 59 de las cartas á Salmeron y 45 del folleto: «Queda, pues, probado que los 100.000 *combatientes que antes formaban nuestro ejército activo se pueden hallar*, al ménos en cuanto á cantidad numérica, *por medio de la instrucción militar obligatoria.*»

Por último; para no amontonar más citas sobre esto, en la página 63 de las expresadas cartas y 47 del folleto *La fuerza*

(1) El día 1.º de Enero serán declarados soldados del *ejército en instrucción* todos los ciudadanos que hayan cumplido veinte años y no lleguen á veintiuno. (Art. 25 del proyecto de reemplazos militares del Sr. Vidart.)

armada, dice: «*En tiempo de guerra el gobierno tiene derecho para mandar que vaya á Ultramar el número de regimientos, escuadrones y baterías del EJÉRCITO EN INSTRUCCION que estime conveniente.*»

Salta á la vista que esto no es un *ejército en instruccion*. Es ni más ni ménos que un ejército activo, y bien activo, el actual permanente: no es otra cosa, cambiado el nombre.

Tanto valdria incorporar á los colegios de abogados los estudiantes de derecho, y *obligarles* á informar ante los tribunales asi que se matriculasen en primer año, llamándoles *legistas en instruccion*.

Pero examinemos la organizacion de este ejército.

Dice Vidart: «Ahora bien: la instruccion militar obligatoria puede darse regionalmente cuando lo permita el estado de tranquilidad de la nacion; pero en ese estado de perturbacion profunda que precede á la lucha armada, en ese estado de crisis social, es necesaria una fuerza pública *desligada de los intereses de localidad* (ya pareció aquello), y ninguna puede cumplir mejor estas condiciones que el ejército en instruccion.»

Y despues, página 11 de las cartas: «Se da al país la posibilidad de que ningun ciudadano tenga que abandonar su hogar á causa del servicio de las armas, puesto que *en el caso de que las Córtes declaren que la paz pública está asegurada, la instruccion militar se recibirá regionalmente.*» Y en la 13 del folleto: «Base 15. La organizacion del ejército en instruccion será regionalmente cuando las Córtes declaren que el estado del país es de *tranquilidad completa*, y no regionalmente en el caso contrario.»

De modo que la instruccion se da regionalmente ó no, segun el estado del país.

¿Cre el Sr. Vidart que en uno y otro caso no tiene que ser distinta la organizacion de este ejército en instruccion?

¿Se figura quizá que puede pasarse de una á otra organizacion de repente, así que las Córtes lo decreten, con la rapidez del relámpago, que suele caracterizar las alteraciones del orden público?

¿Saben, por ventura, los poderes á ciencia cierta que va á ocurrir un levantamiento, cuándo y en dónde?

¡Qué más quisieran!

Semejante idea nos hace recordar el célebre decreto de aquel general ruso precavido que mandó se limpiasen las bombas la víspera de los incendios.

La verdad es que en este punto el Sr. Vidart vacila entre la organizacion regional (única que nosotros creemos buena) y las tendencias centralizadoras, dejándose influir por el temor á la accion y libertad de las provincias y municipios; temor tan arraigado en nuestra patria por el eterno dominio de los doctrinarios, que suele levantar la cabeza hasta entre los hombres que figuran como entusiastas partidarios de las más avanzadas escuelas.

La base 14 de las propuestas por el Sr. Vidart en su folleto basta para revelar por sí sola que su ejército en instruccion es ni más ni ménos en sustancia que el actual permanente: «14. A los soldados del ejército en instruccion que renuncien »el percibo de su haber y se costeen su vestuario, armamento, »equipo y manutencion, se les concederá permiso para no vivir »en el *cuartel*, permiso que se retirará al que no observe buena »conducta.»

¿Con que el ejército en instruccion *acuartelado*?

Es natural, desde el momento en que el Sr. Vidart los saca de sus casas para tenerlos *desligados de los intereses de las localidades*.

¡Qué pícara desconfianza de las localidades; es decir, del país!

El Sr. Vidart, en la página 41 del folleto, aboga porque, dado el caso de un conflicto social restringiendo ciertas leyes civiles, pueda llevarse á cabo la reforma como un *contrato* entre dos partes igualmente fuertes, pero no como la imposicion por la fuerza de las vencedoras muchedumbres; y cree que el armamento nacional puede contribuir á ello. Pues bien; que generalice la teoría, que la aplique á los conflictos entre el Gobierno y los pueblos, y la lógica le llevará por la mano á desvanecer en su ánimo ilustrado el temor que ordinariamente inspiran los intereses de las localidades á los centralizadores de todos los matices.

Una proposicion mantiene el Sr. Vidart, de las que aceptamos juntos en 1870, y acerca de la cual abrigamos hoy alguna

duda. La que exime á los sacerdotes de tomar las armas, que nuestro amigo extiende *á los jóvenes que por su vocacion dediquen su vida á un fin exclusivamente moral que no admita el empleo de la fuerza.*

Esta misma extension, basada en la equidad y rindiendo culto á los principios individualistas, nos hace vacilar en nuestra opinion primitiva.

Sobre los numerosos ejemplos que durante la guerra civil se han ofrecido de que muchos interesados no encuentran incompatibilidad entre las funciones sacerdotales y hasta episcopales y el uso del trabuco, debemos recordar ciertos precedentes históricos.

D. Alonso el Sábio, en el libro 52, título IV, Partida I, dice: «Otrosí los obispos et los otros perlados de sancta eglesia que »tovieren tierra del rey ó heredamiento alguno por quel deban »facer servicio, *deben ir en hueste con el rey ó con aquel que en- »viare en su logar contra los enemigos de la fé:*» y en la Crónica del rey D. Juan II puede leerse: «E asi se fallará (decian) »si leer querran las historias antiguas, que los buenos perlados »*no solamente sirvieron á los reyes en las guerras que contra los »moros hacian, mas pusieron ende las manos, é hicieron la guerra »como esforzados y leales caballeros.*»

Este espíritu informó durante siglos la conducta del clero en España, tan belicosa é inquieta, como admirablemente la retrata el ilustrado escritor D. Eugenio Selles en su reciente libro *La política de capa y espada.*

No parece el asunto de gran consideracion á primera vista; pero si tenemos presente los abusos á que podria dar lugar la excesiva latitud por el Sr. Vidart propuesta, la cuestion varia de aspecto y merece reflexionarse despacio.

Más nos inclinariamos á la exencion personal de los ciudadanos pertenecientes á una religion ó secta que prohibiese en absoluto todo acto de violencia; pero quedando sin efecto tan pronto como se probase habian cometido alguno, é imponiéndoles en ese caso algun otro sacrificio especial en ventaja del servicio militar.

SERAFIN OLAVE.

(Continuad.)

EL LUTO

No es una revista de modas la que vamos á escribir, y por más que hablemos de trajes, nuestro pensamiento, al tomar la pluma, está ciertamente muy lejos de las futilidades y caprichos del tocador. Somos mujeres, y mujeres, ¿á que negarlo? con todas las debilidades de nuestro sexo, á las que por nada ni por nadie renunciaríamos aun cuando estuviera en nuestra mano el hacerlo. Somos mujeres, y como á tales nos agrada el agradar á los demás; hacemos y hemos hecho siempre todo lo posible por parecer bien, rindiendo culto á la moda y pasando algunas horas delante del espejo; pero hay, sin embargo, un punto del tocado en el que no estamos conformes con la regla general que se sigue: este punto es *el luto*. Todo el mundo sabe que los colores del luto cambian segun el pueblo ó nacion; pero todo el mundo deberia tambien saber que su primera cualidad, para que sea fiel representacion del dolor, debe ser la sencillez.

Los colores adoptados para el luto han sido varios, recorriendo el uso casi todos los del prisma. Roma y Grecia usaron el blanco, cuyo uso se prolongó durante mucho tiempo aun despues de la invasion de los bárbaros, que á su vez le adoptaron, como otras muchas de las costumbres del imperio.

El amarillo era el luto de los egipcios, y en la India éste y el rojo combinados constituian el traje del dolor y la desesperacion de los padres que perdian á sus hijos varones; las hembras ni eran lloradas ni se vestia luto por ellas.

Morado ó violeta es el color que usan los chinos. El azul constituye el luto de algunos de los pueblos eslavos y tártaros, y por último, el negro es el generalmente adoptado por la civilizada Europa y la culta América. El luto, como signo visible de dolor, como tributo de cariño pagado á la memoria de un sér

querido que la muerte nos ha arrebatado, debe ostentar como primera condicion la más grande sencillez, denotando con ella un completo olvido de sí mismo y una reminiscencia dolorosa de los lazos rotos por la muerte; y como el que sufre dicho se está que no ha de preocuparse de agradar, la coquetería unida al luto nos parece una profanacion del sentimiento, una falsificacion de la pena, una mentira vestida con el traje de la verdad.

Desgraciadamente para la civilizacion, á la que rendimos un estusiasta culto, no podemos, por muy grande que sea nuestro deseo, disculparla de las faltas que le son inherentes. El refinamiento, la cultura y otra porcion de bellas cualidades y ventajas que forman su cohorte, tienen, como toda medalla, su reverso representado en la hipocresía, la vanidad y la mentira; y así como el légamo de un lago no siempre está relegado al fondo, dejando admirar la cristalina pureza de la superficie, sino que alguna vez se remueve por corrientes subterráneas y sube á enturbiar la tersura de aquel que parecia bruñido espejo de las estrellas, así tambien, á pesar del extremo con que en nuestras modernas sociedades se cuida de guardar las apariencias, haciéndonos estar orgullosos del grado de cultura que alcanzamos alguna vez, el cieno se revuelve y sus miasmas vician la atmósfera amenazando asfixiarnos.

El lujo, ese cáncer social que será siempre la mancha de toda civilizacion, el borron que enloda las más hermosas páginas del progreso, nada respeta, y de todos los sentimientos, de todas las virtudes, de todos los vicios, de todas las clases y de todas las condiciones humanas, se hace pagar un oneroso tributo. Invadiendo lo mismo los palacios que las cabañas, y pasando de la populosa capital á la miserable aldea, no hay hogar que no visite, ni pensamiento que no ocupe, ni cerebro que no procure trastornar, y como consecuencia precisa, sentimiento delicado que no bastardee, no respetando ni el dolor, ni el placer, ni la experiencia de la edad madura, ni la inocencia de la niñez, ni el candor de la juventud.

Efectos de estas causas son los refinamientos, vanidades y coqueterías que lamentamos en los trajes del luto, que más que tales parecen á veces trajes de gala.

De los pueblos que antes hemos citado, aquellos en donde la

cultura estaba más adelantada adolecieron del propio defecto; pero nunca, sin embargo, fué tan visible el abuso como lo es en nuestros días. La Grecia, en medio de su refinada civilización, conservó puro el sentimiento del recuerdo, y sus trajes de luto eran modelos de sencillez. Roma, más refinada en sus gustos, aunque ménos artística y espiritual, siguió en esto sus huellas; pero ya á la túnica blanca de lino añadió las perlas como emblema de las lágrimas, y para volver á encontrar la sencillez propia del verdadero dolor es necesario buscarla en el luto del pueblo árabe y en la vírgen India.

El pueblo hebreo, que cubria de ceniza sus cabellos en señal de duelo por la pérdida de un sér querido, no tenia traje de luto propiamente dicho, y el sentimiento se daba á conocer por medio de manifestaciones externas, materializando el dolor. A nosotros, á nuestra moderna civilización le correspondia el hacer de todas estas diversas maneras de guardar el recuerdo de los muertos un ramo de lujo y una arma puesta al servicio de la vanidad.

Largos párrafos consagran los periódicos de modas á la descripción de los trajes de luto, y no hay refinamiento que no inventen para privar al atavío del dolor de su característica severidad.

Mil y mil detalles, mil tonos de claro-oscuro hacen conocer las diferentes escalas del sentimiento. Hay trajes de luto hechos *ad hoc* para todos los tipos de belleza y para todas las edades, como los hay para todas las estaciones del año, todos y cada uno de los días del mes y todas las horas del día.

Trajes de visita, de salón, de calle, de mañana, para comida, para campo, para estación de baños, para viaje, para recibir, y por último, el traje más propio, más adecuado, como si dijéramos, traje de circunstancias, esto es, el vestido con que debe visitarse el cementerio y llorar sobre la tumba del muerto por quien se lleva el luto.

¡Pobres mujeres! Porque con las mujeres en particular es con quienes hablamos; ¡pobres mujeres, y cuán lastimosamente se trata de extraviar vuestros hermosos sentimientos! vosotras, que tan bien sabeis sentir; vosotras, que tan bien sabeis amar; vosotras, para quienes la sencilla flor del recuerdo guarda sus más delicados perfumes; vosotras, las que percibís las

vibraciones del alma aun á través del estruendo de la marcha vertiginosa de las pasiones de nuestro siglo; vosotras, sin embargo, cuando se trata de rendir un tributo á la vanidad, olvidais vuestro corazon, relegándolo al fondo de un armario en compañía de los trajes que se han hecho antiguos; vosotras haceis que callen los ayes del alma y los suspiros del sentimiento, y al mismo tiempo que llorais al muerto querido, sonreís á vuestra propia imágen, que mirais en el espejo por entre el velo de las lágrimas.

Para algunas, para muchas quizá de esas hermosas enlutadas que vemos diariamente cruzar las calles vistiendo lujosos y recargados atavíos, suponemos que tales trajes serán un cilicio; pero no se atreven á oponerse á los decretos de la moda adoptando la sencillez, que estaria más en conformidad, más en armonía con su dolor.

Nosotros creemos que hacen mal. En esto, y solo en esto preferiríamos verlas imitar á los pueblos ménos civilizados, que manifiestan la intensidad de su dolor en la sencillez de su vestido de luto; porque los muertos en sus tumbas deben sonreir con dolorosa ironía al mirar esas viudas tan llenas de lazos, flecos, volantes, collares y brazaletes, que lloran inconsolables, pero vestidas de fiesta, el roto lazo de sus amores; esas huérfanas, esas hermanas cariñosas que arrastran sobre la tierra de las tumbas sus empavesados atavíos. Solo un traje de luto, como solo un dolor, se ha conservado sencillo, severo, frio: el luto de las madres.

En el corazon de las madres que han perdido á las prendas de su cariño no cabe el consuelo ni el olvido; por eso en sus trajes de luto no tienen cabida los caprichos de la moda, ni es posible que con ellos paguen ese oneroso tributo á la vanidad ni á la coquetería; y, lo repetimos, si el luto en el vestido ha de ser la fiel representacion del dolor del alma, que éste se parezca al luto de las madres.

SOFÍA TARTILAN.

EL TEATRO INGLÉS

EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á SHAKSPEARE.

VI.

Lyly y Marlow son, por así decirlo, los dos autores dramáticos que más influyen en los demás que les son posteriores, habian aportado elementos nuevos que, aunque en un principio fueran discutidos, controvertidos y aun ridiculizados, se aceptaron luego que fueron depurados de los sobresalientes vicios que en ellos se notaban. El eufismo fué perdiendo el refinamiento excesivo que en un principio tuvo, el énfasis violento de Marlow fué decreciendo, y juntos estos dos elementos con el recuerdo de los triunfos que habian proporcionado, siguieron siendo base principal de las obras posteriores.

De una parte, y para que esto se afirmara más y más, estaba la corte, que, como todas, recibia siempre bien las adulaciones y aplaudia lo que injustamente se llamaba bellas formas; de otro estaba el pueblo, amante de las escenas violentas y sangrientas, á las que se habia acostumbrado con las obras de que acabamos de hacer mencion que estuvieron siendo representadas durante un número considerable de años.

Ambos elementos habian aparecido solos, independientes el uno del otro, y lo que es más, se habian creido antitéticos. En realidad, y si atendemos á la justa relacion que entre el fondo y la forma debe haber, la antítesis existia; la forma alambicada de Lyly y los suyos no podia en manera alguna ser apta para la expresion de las terribles pasiones que se desenvuelven en las obras de Marlow y algunos de sus imitadores. Por otra parte, cada uno de ellos tenia un público especial á quien complacer, cada uno de ellos anhelaba verse aplaudido por distinta clase, y de aquí que hasta despues de Marlow no se llevara á efecto lo que podemos llamar unificacion del teatro, con lo que el arte habia de ganar no poco.

Depurados los elementos que aislados habian constituido obras, de los vicios que en su aparicion tuvieran, generalizada más la aficion al teatro y contando cada dia con mayor cultura del pueblo que los escuchaba, los autores habian de unirse, ó mejor dicho, el autor, comprendiendo el partido que podia proporcionarle cada uno de los elementos ó todos los que á la formacion de cada obra dramática habian contribuido anteriormente, habia de utilizarlos para el mejor éxito de las obras que diera luz.

El drama clásico, á pesar de los esfuerzos de cada uno y todos los partidarios de las severas teorías de Aristóteles y Horacio, no tenia resultado ninguno, no era admirado por el público, y no podia por tanto, ser cultivado por los autores, mucho más cuando probado y afirmado está que el autor dramático ha de consultar el ideal de la época en que escribe, contar con los gustos del público, satisfacer sus deseos y realizar, siquier sea por el momento, sus aspiraciones. De aquí que los esfuerzos de los clásicos no tuvieran éxito alguno, que la poética de Siduey se olvidara y que fueran infructuosos los trabajos de Whetstone y Daniel. El público corria ansioso á escuchar y aplaudir entusiasmado las obras de Marlow y sus imitadores, que eran en las que se veian desarrolladas sus pasiones y expuestos sus deseos.

La realizacion de los propósitos de Siduey en los tiempos aquellos era imposible: en manera alguna aquel público turbulento y grosero se hubiera podido acostumbrar al acompasamiento que en las obras resultara luego que se hicieran ajustadas á los estrechos límites marcados por el Estagirita, que estos y no otros eran los que Siduey recomendaba. Para que esto hubiera sido posible habia de contarse desde luego con un público como el griego de los tiempos de Pericles, y esto no era en manera alguna. El pueblo griego que acudia á las representaciones de las tragedias de Sófocles era un pueblo ilustradísimo hasta en su ínfima clase, si se compara con lo más escogido que en la sociedad inglesa de aquel tiempo se hubiera podido encontrar, eran de distinto gusto, de distintas razas, tenian un ideal distinto, eran otros sus sentimientos, otras sus aspiraciones, estaban en el comienzo de una civilizacion, querian más ancho campo para moverse y no podian

en manera alguna permanecer circunscritos al estrecho círculo que los preceptistas le dejaban.

Comenzar la educacion del pueblo por el todo era un absurdo, al que no asintieron muchos autores, no tanto por lo que al arte en sí se referia, sino por lo que á ellos más de cerca tocaba. El éxito ha sido, es y será, lo que el autor siempre se proponga, y este éxito no lo alcanzaban nunca sino siguiendo las corrientes de aquella época en aquel pueblo, al que solo entusiasmaron las escenas violentas, los sentimientos exagerados y las agitadas pasiones.

De esta manera se explica bien cómo las producciones de Marlow, Kyd y Greene se estuvieron representando por tan considerable número de años; de este modo se explica perfectamente por qué todos los autores trataban de imitar al *Judío de Malta* haciendo caso omiso de lo que ello no fuera, pues si bien otro de los elementos predominantes de aquella época era el eufismo, éste fué cayendo en olvido á medida que el público, aficionado más y más á las escenas terribles, exigia un lenguaje que estuviera en relacion con ellas.

Peele, admirador en un principio de Lyly con quien estaba más en relacion por su carácter y educacion, siguiendo las corrientes se aficionó al género trágico, sucediendo lo mismo á Greene y á Kyd.

Este último merece contarse como el más aventajado imitador de los jefes de escuela que hemos enumerado. Sus obras son de las más notables que se encuentran en la literatura inglesa de aquella época, las que más interés inspiran y de las que más llamaron la atencion, á juzgar por el número de representaciones que de ellas se dieron y las muchas ediciones que de ellas han aparecido. Aunque los críticos ingleses enumeran muchas, solo dos han llegado hasta nuestros días sin que pueda dudarse en modo alguno, como en otras sucede, si pertenecen á otro autor. La primera de ellas en el orden cronológico es la titulada *Gerónimo*, primera parte de la segunda que lleva por título la *Tragedia Española*.

El título de esta última revela el asunto de ambas, cuya fuente de conocimiento ha debido ser alguna antigua crónica, ó lo que es más probable, alguna obra del teatro español á la cual imitara el autor inglés. Los principales personajes son el no-

ble español Andrea, que encargado por el rey de exigir un tributo al de Portugal, como no fuera bien recibido se retira declarando la guerra. El hijo del virey de aquel reino, llamado Baltasar, le reta á singular combate en el que muere Andrea antes de volver á su patria. Esta muerte, que sobreviene despues de un número considerable de incidentes y peripecias, es vengada por un fiel amigo de Andrea llamado Horacio, hijo de Gerónimo, general del ejército español, que lo hace prisionero. Como vemos, el título no está justificado: Gerónimo representa en ella un papel muy secundario, y parece que el autor se habia dispuesto solo á dar á conocer un personaje para fines posteriores. Andrea en la obra, y lo mismo Horacio, aparecen con un carácter exagerado efecto del abultamiento que se ha hecho en casi todos los países extranjeros de las notas y cualidades de los antiguos caballeros españoles. El desenlace de la obra está constituido por la aparicion de Andrea que dá las gracias á Horacio, efecto con el que la obra decae, pues es una adición que desmiente en parte el buen gusto que el autor revela en las primeras escenas de la obra.

La Tragedia Española, que, como hemos dicho, es segunda parte de la obra de que acabamos de hablar, es más completa y revela más la mezcla y confusion de los dos elementos que hemos hecho notar predominan en la historia del arte dramático inglés. Las escenas violentas abundan, al mismo tiempo que el lenguaje es en muchas situaciones de la obra artificioso y rebuscado. Los personajes son los mismos que en la anterior, excepto Andrea: todos conservan los caractéres expuestos, y el fondo de la obra está constituido por la venganza que Gerónimo toma de la muerte dada á su hijo Horacio, asesinado por Lorenzo, que descubre que el vengador de Andrea es amado por su hermana la virtuosa Belimpería, á quien él queria casar con Baltasar, príncipe portugués, prisionero de los españoles. En la exposicion lo encontramos todo exagerado: para los poetas dramáticos ingleses de esta escuela el amor es un delirio, la venganza es una fúria, cada una y todas las pasiones son terribles siempre, presentándolas con los más negros colores, haciéndolas resaltar del ya oscuro fondo de las obras. En la exposicion de los caractéres, cuando los han determinado con un rasgo que los haga francos, nobles, leales, como Kyd hace

con el de Gerónimo, acuden con rapidez á hacerles perder estas condiciones, les hacen concebir venganzas que horrorizan, exagerando y llegando á hacerlos odiosos al verlos embriagarse con el olor de la sangre de que continuamente tiñen sus manos. Gerónimo, en *La Tragedia Española*, abriga la duda de quiénes son los asesinos de su desventurado hijo: para averiguarlo finge, disimula su dolor, aparenta una tranquilidad que conmueve, pues en su seno se agita un mar de sangre; desesperado sigue sus averiguaciones y consigue saberlo todo despues de una entrevista con Belimperia, que se lo revela.

Entonces su furia estalla, su principal deseo es la venganza; pero ambiciona una que esté en relacion con la causa que la exige y mitigue un tanto el acerbo dolor que siente; para ello continúa aún fingiendo, adquiriendo este carácter por momentos una gran semejanza con el del Hamlet de Shakspeare. En el Hamlet hay una Ofelia; en la obra de Kyd, hay una Belimperia; en una y otra el objeto es la venganza; en la primera es la muerte de un padre, en ésta la de un hijo; en el Hamlet, el vengador es amado; en la *Tragedia Española* tambien, pues es el padre del que con su muerte ha sumido en honda pena á la virtuosa jóven. Estas semejanzas que hacemos notar se acrecientan en el desenlace de la obra de que nos ocupamos. Gerónimo con su aparente tranquilidad ha logrado alejar las sospechas de su designio: con el fin de divertir á la corte prepara una representacion teatral y convida á tomar parte en ella á sus dos enemigos Belimperia toma parte tambien. Todo se dispone, concierta y arregla, llega la noche, los reyes de España y Portugal asisten al espectáculo, los personajes que en la farsa representan Baltasar y Lorenzo deben morir, y la corte toda aplaude la buena ejecucion de esta escena creyéndola fingida. Belimperia y Gerónimo llevan á cabo su venganza aplaudida como escena teatral, hasta que avanzando éste descubre la verdad de la cosa presentando el cádaver de su hijo. Todavía no hay bastante sangre vertida á juicio del autor, que hace que Belimperia se clave el puñal con que ha cometido el crimen y Gerónimo siga su ejemplo despues de cortarse la lengua y arrojarla á la escena. Con esto termina la obra que por más de treinta años fué del completo agrado del público y formó parte del repertorio de todos los grandes acto-

res que por entonces se sucedieron, cayendo despues en el más completo olvido.

Si á esto, que á primera vista no se comprende, tratamos de buscar una explicacion, la encontraremos en la misma obra, notando de un lado las violentas escenas que tiene, el énfasis del lenguaje, lo rebuscado y amanerado de la frase, por demás conceptuosa; vicios que en aquella época eran de moda, y que una vez perdidos por aquel público pusieron de manifesto lo que en sí la obra era, desechándola cuando llegaron á obtener este convencimiento.

Las escenas á lo Marlow y el lenguaje á lo Lyly: hé aquí el resúmen que podemos hacer. Aprovecha todos los incidentes para verter sangre, y hace emplear á todos los personajes un lenguaje tan refinado que, no solo está fuera de la accion en muchos puntos, sino que las más queda tambien fuera del carácter. Aventaja al maestro en lo de las escenas repugnantes, pues nada puede serlo más que la accion de Gerónimo al arrojar su lengua sobre la escena.

No se habia llegado aún al límite: autores posteriores, seducidos por el éxito que alcanzaron las precedentes obras, no se contentaron con imitar á Marlow sino que imitaron á Kyd, pero aventajándole en la exposicion de odiosas pasiones y desarrollando en las más de sus obras una venganza repugnante que toca en lo inverosímil. Entre estos autores, de los que citaremos pocos por ser figuras que ya casi se notan, merece especial mencion Chettler. Este autor, hijo de una buena familia de quien habia recibido una esmerada educacion y que poseia dotes bastantes para cultivar el género á que se dedicaba, se dejó seducir por el éxito que esperaba conseguir siguiendo la corriente en que á los autores impulsaba el público. Comprendió que éste apetecia fuertes emociones, y en este convencimiento dió su primera obra titulada: *Hoffman ó la venganza de un padre*, la cual es la más abominable série de muertes que ha aparecido en escena. El protagonista de la obra, hijo de Hoffman, busca sin descanso á los que con refinada crueldad atormentaron á su padre, acusado de piratería, y á quien por último ahorcaron en las orillas del Báltico. Encuéntralos al fin, puede prenderlos y les hace sufrir tormentos crueles que, en vez de causar malestar en el público, eran aplaudidos, pues á esto era

como hemos podido ver á lo que aquel público se habia acostumbrado. El duque de Lounebourg, que ciñó á la cabeza de Hoffman una corona de hierro candente, sufre la misma pena, le hace destrozár el pecho y lo cuelga del mismo palo donde murió su padre. El duque de Saxo, otro de los asesinos, ha robado la hermana de un jóven amigo del protagonista y á él lo entrega, creyendo y abrigando la seguridad de que la venganza de éste ha de ser más cruel y alegrándose al pensar lo que le han de hacer sufrir. Envenena á otros muchos y continúa su obra de destruccion hasta que cae en manos de la irritada duquesa de Lounebourg, madre del primero á quien asesinó, que le hace sufrir los mismos tormentos y colgar en el mismo palo donde colgó á su hijo y donde el padre del ahora castigado habia muerto.

La entonacion es valiente, hay un regular movimiento en el desarrollo, pero aunque en la forma tenga esto de bueno, la obra es terrible y solo los que en esta clase de espectáculo se complacian podian encontrarla de su gusto y hacer que tuviera el éxito, que tuvo gracias á lo que se dió de ella un considerable número de representaciones.

El mismo Chettler en compañía de Muday escribió otra titulada *La muerte del conde de Huntington*, cuya principal escena es en la que hace morir de hambre á lady Bruce y sus hijos.

Con lo que en los artículos anteriores dejamos dicho creemos que, si no una historia completa, al ménos dejamos apuntado lo suficiente para comprender el desenvolvimiento y marcha del elemento dramático en una época de que poco se han ocupado. Nos hemos fijado en los principales elementos que al llegar á Kyd constituian las obras que para el teatro se escribian, y hemos determinado la influencia de cada uno de ellos. Muchos de los autores de que nos hemos ocupado vivieron cuando ya escribia Shakspeare; pero antes que éste hubiera revelado su asombrosa originalidad, que es lo que le coloca por cima de los demás hombres de su época, y cuando se limitaba á hacer lo que hacian todos. Contemporáneo, rival y contrario del gran dramaturgo es Ben Jonson, de quien nos ocuparemos antes del que merece por completo toda nuestra atencion.

A. FERNANDEZ MERINO.

ARQUEOLOGÍA

LAS LÁMPARAS SEPULCRALES

I.

Los antiguos tenían como una obligación preferente el cumplir sus últimos deberes con los muertos. Les era de gran consuelo al morir saber que habían de ser colocados en los sepulcros de sus padres; y el quedar sus cuerpos insepultos, expuestos á ser devorados por perros ó fieras, ó incorruptos poder infestar á los vivos, lo consideraban como una terrible maldición.

Los hebreos embalsamaban á las personas notables, las que exponían algunos días en un lecho perfumado y alrededor del cual se encendían hogueras. Después se conducían con gran aparato al sepulcro, que casi siempre estaba abierto en la roca viva. En estos funerales iban mujeres cuyo oficio era llorar, siendo acompañados sus gemidos por flautas, y también se componían cánticos lúgubres en el fallecimiento de personajes ilustres. Los sacerdotes no asistían á estos actos, á no ser de parientes cercanos, pues consideraban quedar impuros todos los que tomaban parte en estas ceremonias funerarias.

En Egipto se embalsamaban los muertos, y por Herodoto sabemos muchos pormenores de sus costumbres en esta materia. Cuando el jefe de la familia moría, todas sus mujeres se cubrían la frente con lodo, y desgredñadas se salían por la población, siguiendo igual práctica los hombres si el difunto era la mujer.

Después de estas manifestaciones de dolor el cuerpo era entregado á los embalsamadores, quienes eran de un orden sacerdotal inferior, llamados *tarichentes* y *cholchytes*, cuyo especial ministerio era el embalsamamiento de los muertos. Las familias ajustaban el precio de la operación, el cual dependía de la

sencillez ó magnificencia que deseaban. Como esta operacion era á la vista inhumana y violenta, al concluir la huian los ejecutores, pues por costumbre eran apedreados por los circunstantes. El más modesto de los embalsamamientos se reducía á limpiar con drogas de poco precio el interior del vientre, á desecar el cuerpo entero, dejándolo durante setenta dias sumergido en el *Anatron* (*álcali natural*), y á envolver despues el cuerpo en una tela grosera que cosian, y en este estado era depositado en las catacumbas públicas. Si la familia podia disponer de medios, se empleaba para limpiar el cadáver por dentro el aceite de cedro, se disecaba el cuerpo con el anatron; los miembros por separado, ó bien el cuerpo entero, era envuelto con tiras de tela de algodón empapadas en materias conservadoras y despues encerrado en un ataúd de madera adornado con pinturas y puesto al frente su nombre, el de su madre y hasta su profesion, y tanto más eran variados estos adornos y cuidadoso lujo en el embalsamamiento, cuanto mayor era el cariño ó la vanidad de los parientes: así es, que desde la tela grosera del pobre, llegaba la escala hasta el sarcófago de granito ó de basalto.

Por los escritores coetáneos y por la descripción que tambien nos hace el egipciólogo Champollion-Figeac, sabemos que la primera operacion que hacian al embalsamar un cadáver era extraerle la masa encefálica por las narices por medio de un instrumento doblemente encorvado, é inmediatamente lleno este vacío con un betún líquido que al enfriarse se solidificaba. Despues le sacaban los ojos, reemplazándolos con otros de esmalte, y la cabellera, si la tenia, se la peinaban cuidadosamente. Por medio de una incision que con una piedra cortante hacian en el costado izquierdo, le extraian los intestinos y las vísceras; siendo lavadas cuidadosamente con decocciones de vino de palmera y aromas las cavidades del abdomen y estómago, las que despues rellenaban con mirras y otros perfumes y con gran cantidad de alhajas y figuras ó indolitos de metales, tanto comunes como preciosos, ó bien de barro ó de piedras duras ó porcelana.

Ya preparado así el cuerpo lo bañaban, como ya hemos indicado más arriba, en el natron por espacio de los setenta dias, en donde la carne y los músculos se consumian, no quedando más

que la piel y los huesos del cadáver. También, aunque muy costoso por lo complicado, en vez de disecar el cuerpo inyectaban todas sus venas con un licor de composición química que tenía la propiedad de conservar los cuerpos y aun de retener en casi todos sus miembros toda su elasticidad natural.

Las entrañas del muerto también eran preparadas con un betún hirviendo y envueltas en lienzo, depositándolas en cuatro vasos que los llenaban de la misma sustancia. Estos vasos son los conocidos con el nombre de *Canopos*: estaban fabricados desde el barro cocido hasta el alabastro oriental: su figura era la de un cono inverso, y cuyas tapaderas concluían en una cabeza que representaba la del *hombre*, del *chacal*, del *gavilán* y del *cynocephalo* (1), que eran los cuatro genios del Amenthi, ó sea el infierno egipcio, llamados *Amset*, *Hapi*, *Su-mautf* y *Kebhsnio*.

La envoltura del cadáver se hacía con tal primor y tan artísticamente, que resultaba, después de ligado desde los dedos hasta la cabeza, como si estuviese vestido con pantalones y chaleco, concluyendo en los embalsamientos de este lujo por dorarles las uñas de los pies y manos; y por último, los cuerpos de las personas reales eran dorados totalmente, resultando como envueltos en un estuche. Conforme al uso y á la ley, antes de fajar los brazos les daban la posición que debían tener, y era en las mujeres cruzadas las manos sobre el vientre, y los de los hombres tendidos paralelamente á los costados de su cuerpo, mas en algunas ocasiones la mano izquierda era colocada en el hombro derecho quedando sobre el cuerpo á manera de banda. Entre las infinitas momias que se han podido inspeccionar se han encontrado debajo de las fajas en que estaban envueltas, anillos en sus dedos, collares al cuello y mil otros objetos de capricho ó afección, y pequeños muebles, telas diversas, y hasta manuscritos arrollados, colocados ya entre las piernas, ya á sus costados, y como el cadáver, embalsamados y liados en tiras de tela.

También se han encontrado algunas momias que después de estas operaciones parecen haber sido sumergidas después de vestidas en una cuba de betún hirviendo, el que les penetraba

(1) Animal fabuloso con cabeza de perro.

hasta la médula de los huesos, y que una vez enfriado no presentaban más que masa de betun endurecido é inalterable hasta cierto punto; los envueltos en mantillas y con un lienzo sujeto por fajas en forma de cruz, que le hacian perder toda la apariencia de un muerto, debieron ser colocados en el ataúd.

La momia, por último, era colocada ya en la tumba de familia ó bien en la sepultura pública, para lo cual habia á las inmediaciones de cada ciudad de Egipto un recinto destinado para sepultura comun. El más célebre entre todos fué el de Ménfis. Entre él y la ciudad habia un lago en cuya orilla depositaban el cadáver. Allí se reunian los jueces llamados *de los muertos*, examinaban la vida del difunto, y si la conducta del finado no se encontraba exenta de vicios ó acciones reprehensibles no daban su permiso para que pasase el lago. Habia una justa equidad para todos, así es que á esta ley se sometian lo mismo los cadáveres de los reyes que del último de sus súbditos. Los cuerpos de los que morian sin haber pagado sus deudas eran entregados á sus acreedores, de modo que resultaba un medio en la mayoría de los casos de poder cobrar, pues los parientes del difunto lo rescataban pagando. El cortejo fúnebre lo componian los parientes y amigos; con un recogimiento religioso lo acompañaban hasta ser colocados en su última morada. Como memoria final se procuraban figuritas de diversos tamaños y materias; así es que si el finado era un alto personaje, éstas eran de valor, y si no eran de barro, porcelana ó maderas duras, pero todas hechas á la mayor semejanza posible del difunto, y grabando al dorso una oracion ó súplica por él, poniéndole al final su nombre. Los acompañantes depositaban estas figuritas en un cofre puesto á la cabecera del ataúd, y en los cuatro ángulos de éste eran colocados los cuatro canopos que encerraban sus despojos.

En las catacumbas públicas donde se depositaban las momias eran simétricamente arreglados de canto, así que resultaba una cantidad asombrosa de ataúdes colocados, como en un gran almacén pudieran arreglarse gran cantidad de cajas de mercaderías.

Los griegos creyeron que Pluton fué el primero que los ins-

truyó en los ritos funerarios (1), recibiendo por ello la adoración como el rey de un imperio inmenso y tenebroso que, según Luciano (2), estaba situado en las entrañas de la tierra.

Así como los hebreos y egipcios, consideraban como un crimen dejar de tributar á los muertos aun los menores detalles de los ritos funerarios, y aun era mayor crimen el robo de cualquiera de los objetos destinados á esta ceremonia ó al servicio de los templos.

Por Plutarco (3) sabemos que hablar mal de un muerto y llevar la venganza más allá de la tumba era considerado como de un carácter feroz é inhumano; este género de ofensa llevaba consigo la deshonra y la infamia que las leyes de Solon castigaban severamente.

La maldición mayor que podía arrojarse sobre un griego era desearle quedar insepulto, por lo que el morir embarcado era considerado como la muerte más horrorosa que podía tenerse, pues el cadáver debía ser sepultado entre las olas, y si éstas por casualidad le arrojaban á la playa, era obligación piadosa del que lo encontrase hacerle los correspondientes funerales; mas si por circunstancias especiales no podía hacerlos, tenía la obligación de cubrir el cadáver con tres puñados de tierra ó arena colocando uno de ellos sobre la cabeza.

Los que habían sido muertos por el rayo eran enterrados separadamente, y el sitio en que había ocurrido el siniestro nos dice Plutarco (4) que era rodeado de una barrera circular, permaneciendo vacío. Por Diógenes Laercio (5) sabemos que los que habían consumido su patrimonio perdían el derecho de ocupar un lugar en la tumba de sus padres, y como entre los egipcios, los cuerpos de los que morían sin haber solventado sus cuentas pertenecían por derecho á sus acreedores, sin que pudiesen ser sepultados hasta el saldo total de ellas. Los niños que morían antes de la dentición en algunos pueblos los enteraban sin quemar sus cuerpos (6).

(1) Diodoro Sículo, lib. V. cap. XV.

(2) Luciano. *Dial. de los muertos*.

(3) Plutarco en Solon.

(4) Plutarco. *Pirro*.

(5) Dióg. Laercio-Demócrito.

(6) Plinio, *Historia Natural*, lib. VII.—Juvenal, Sat. 15.

Severas, pues, vemos las costumbres y leyes griegas en la última honra que se tributa á los muertos, pues los criminales llevados al suplicio perdian el derecho de la sepultura, siendo expuestos para ser devorados sus cuerpos por los perros y buitres, ó quedaban en caso de crucifixion pendientes de la cruz hasta que eran destruidos por la descomposicion y putrefaccion.

Algunos comentadores opinan que el mitológico Prometeo hace alusion á esta costumbre.

Si se concedia la sepultura á los que se habian hecho odiosos al pueblo, era costumbre saltar sobre su tumba y apedrearla en señal de desprecio.

Era costumbre, luego que una persona estaba enferma de peligro, colocar sobre la puerta de su casa dos ramas, una de olivo y otra de laurel. La primera como ahuyentadora de los malos genios, y la segunda para hacer que Apolo fuese propicio al enfermo; y cuando éste presentia la proximidad de la muerte, dirigia plegarias á Mercurio, pues este dios era el encargado de trasportar las almas á los infiernos.

Un círculo numeroso de parientes y amigos rodeaban el lecho del moribundo, preparados á recibir sus últimas palabras, conservadas despues con el más santo respeto.

Esto tenia efecto abrazándolo y aplicando la boca sobre la suya; todos le daban el último adios, y persuadidos que su alma se exalaria con el último suspiro, hacian todos los esfuerzos posibles para recogerla, y hacerla pasar á ellos.

En este fatal momento para el moribundo pegaban con fuerza sobre vasijas de cobre para espantar á los malos genios, cuyas formas delicadas y aéreas no podrian resistir estos sonidos aterradores (1).

Pensaban que con esta ayuda el alma podia enganar á las vigilantes fúrias y ganar sin obstáculo los apacibles campos del Elyseo, pues segun los griegos estaba el imperio de los muertos dividido en dos partes: una situada á la derecha, lugar agradable y delicioso, y la otra á la izquierda, reservada á los culpables á quienes las furias sin cesar se ocupaban en pre-

(1) Macrobio Saturn., V, 19.

cipitar allí (1). En el momento de morir una persona el primer cuidado, como un deber sagrado para el pariente más cercano del difunto, era cerrarle los ojos y la boca para evitar el terror que debia causar á los vivos, como el dejarlo en una posicion decente, condoliéndose de los que no tenian la suerte de tener una mano amiga que les hiciese este último servicio.

Luego de lavado y perfumado el cadáver era amortajado con una túnica blanca y cubierto con un paño de gran lujo, por lo regular blanco, que simbolizaba la sencillez é inocencia del difunto. Tal importancia daban los griegos á este sudario, que en vida muchos los preparaban por sí mismos para ellos ó sus amigos; pero los espartanos, cuyos usos estaban en oposicion con el resto de los demás griegos, no usaban otra mortaja que el vestido rojo llevado á la guerra por los ciudadanos, y el sudario blanco era una recompensa sumamente estimada que se concedia, segun nos relata Eliano (2), á aquellos que se habian distinguido por sus virtudes ó por su gran valor. Despues el cadáver era cubierto de ramos verdes y guirnaldas de flores: esta ceremonia era de las más importantes, la que ni aún era omitida en las honras de los grandes hombres muertos en países extranjeros y cuyos restos eran trasportados á su patria, pues simbolizaban las coronas concedidas á los vencedores en los juegos públicos y como recordando que el difunto habia terminado su mortal carrera, interpretándose las guirnarlas de flores por los placeres eternos que no debian ser perturbados con los sinsabores y borrascas de la vida.

El cadáver era colocado en una caja sembrada de flores, ó bien en el suelo en el vestibulo de la casa con objeto de proporcionar el medio de poder examinar á quien quisiere si el difunto tenia señales de muerte violenta.

Ponian en la boca del difunto una moneda llamada óbolo (3), destinada á pagar á Caron el pasaje del alma á la orilla del infierno, y un pastel confeccionado con flor de harina y miel para apaciguar al guardian Cerbero.

(1) Virg. Eneida, 6, v. 540.

(2) Eliano. Var. hist., lib. V, cap. 6.

(3) Óbolo: pequeña moneda griega, en un principio de plata y despues de cobre. Habia dos clases de óbolo, el ático, que valia sobre 0,16 de peseta, y el de Egina, que equivalia á unos 0,23.

Mientras el cadáver estaba en exposicion, su cabellera permanecia suspendida en la puerta de su morada para indicar que el dolor reinaba en aquel sitio; una vasija llena de agua era colocada sobre el umbral para que los que entraban y salian se purificasen, pues la opinion general entre los antiguos era que el contacto con un muerto manchaba; así es que la casa misma en que habia estado depositado el cuerpo era necesario purificarla.

Luego que habia trascurrido el tiempo necesario para la terminacion del funeral, en cuya duracion no están conformes los escritores coetáneos, puesto que la fijan desde las veinticuatro horas hasta diez y siete dias, era conducido el cadáver en hombros de los portitores, ya en el ataúd ó sobre un escudo al romper el alba, pues la noche era considerada como el tiempo en que los malos genios y las furias estaban en su elemento por no poder soportar el resplandor del dia.

Los parientes y amigos asistian como acompañamiento, del que en ningun caso podian excusarse. Para evitar la confusion que pudiera producir la demasiada aglomeracion de concurrentes, la ley llegó á fijar que únicamente concurrieran los parientes, lo que solo en pocas ciudades llegó á observarse. Las mujeres no se mezclaban con los hombres en estas ceremonias, formando en grupos separados. El cortejo iba generalmente á caballo ó en carruaje, pero si el difunto era un personaje seguian á pié y con la cabeza descubierta: siempre los parientes iban cerca del difunto, siguiendo á éstos el resto del acompañamiento. Llegados al lugar donde se hallaba la hoguera ó pira, que estaba construida de leña muy seca en forma de altar ó torre, era rodeado el cuerpo de víctimas de todas clases y colocados sobre dicha pira; entonces los parientes, despues de una súplica dirigida á los vientos, le pegaban fuego, volviendo la cabeza, y se arrojaban á ella los vestidos que habian pertenecido al difunto; y llegó á crearse en esto tal lujo, que las leyes tuvieron que poner remedio al abuso, que consiguió empobrecer á muchas familias. Así Lycurgo solo concedió á los espartanos arrojar á las llamas el traje rojo que llevaban á la guerra y algunas ramas de olivo. Solon concedió á los atenienses tres vestidos y un buey. Los parientes, tomando copas llenas de vino, hacian libaciones en las llamas y llamaban al

difunto cuatro veces por su nombre; extinguido el fuego regaban con vino el resto de la pira y se preparaban á recoger las cenizas y los huesos, que cubrian de vino ó de aceite, y á veces de una capa de grasa. Como acontecia con frecuencia ser quemados con el difunto algunos de sus esclavos si era rico, ó siendo pobre otros al par de él, se tenia cuidado en que existiera la necesaria separacion para no confundir los restos de los unos con los de los otros. Los huesos y las cenizas eran encerrados en urnas, ya de piedra ó barro, ya de plata, y algunas veces de oro, segun las condiciones de las personas. Las urnas que contenian los restos de alguna persona notable por su rango ó por sus virtudes se adornaban con guirnaldas de flores; pero en lo general se cubrian de un velo y se depositaban debajo de tierra en un lugar inaccesible á la luz del dia. Cuando se inhumaban los cadáveres se encerraban los cuerpos en un ataúd, poniéndose la cara hácia el sol saliente, pero los megarenses los colocaban á sol poniente, sirviendo allí un mismo lugar de sepultura á dos ó tres á la vez. En Atenas y en el resto de la Grecia cada uno tenia su sepultura separada, mas dos séres queridos tenian una tumba comun, impidiendo de este modo que la muerte desuniera á aquellos cuyos afectos los habia unido toda su vida. En los primeros tiempos de la Grecia cada uno tenia su sepultura particular en su propia casa. Una ley imponia á los tebanos el construir sus casas con un lugar á propósito para este uso. La sepultura en el interior de las ciudades llegó á ser con el tiempo un homenaje reservado á los que por sus virtudes ó sus servicios al Estado querian perpetuarlo á las generaciones venideras. Los habitantes de Magnesia erigieron una tumba á Themistocles en medio de su foro, y en Corinto rindieron el mismo honor á Eufron.

Los templos fueron algunas veces lugares de sepulturas, y de aquí puede inferirse que tomaron la idea los que opinan que los primeros templos no fueron edificados sino en honor de algun héroe y sobre el lugar en que reposaba. Mas el uso más generalmente establecido era colocar las tumbas fuera del recinto de las poblaciones y al borde de las grandes vías (1). Esta costumbre tendia, á más de evitar las exhalacio-

(1) Cic. ad. Div. 12, 1.—Tit. Liv. 31.—Teócirto, Idilio, 7, 10.—Pausania, Attic.

nes pútridas, á los peligros de incendios que pudiera ocasionar el establecer las piras cerca de sus casas, la de excitar más á los ciudadanos á la defensa de sus murallas contra las correrías del enemigo por defender al propio tiempo los despojos de sus antepasados. Las primeras tumbas de los griegos no fueron más que una especie de bóveda en el suelo: andando el tiempo introdujeron el lujo en ella, así es que les pusieron el pavimento de mosaico y los muros y demás accesorios con tanto ornato ó más que sus propias moradas.

También en los primeros tiempos para la sepultura de los reyes y héroes se elegía un montículo, ó se formaba aglomerando cantidad de piedras. Otra especie de tumbas usaron los griegos que llamaron *Cenotaphios*, y era el monumento elevado á la memoria del muerto sin encerrar sus cenizas. Hubo dos especies de cenotafios: los erigidos en memoria de personas cuyos funerales se habían verificado en otras ciudades, y los contruidos en recuerdo de personas cuyos cadáveres no se habían podido encontrar. Una creencia general sostenía que las almas de los cuerpos insepultos estaban durante cien años vagando en las orillas de la Stigia sin poder obtener la entrada en los infiernos, y la edificación de un cenotafio creían ponía término á su largo sufrimiento. Uno de los adornos que distinguía á los primeros era un resto de nave que recordaba que las personas á quienes estaba erigido habían muerto lejos de su patria, y aun cuando no creían que el alma del difunto residiese en él pues era solo un homenaje, sin embargo, estaba bajo el amparo de los dioses para no poder ser violado por ningún sacrilego.

Al terminarse las ceremonias de los funerales y antes de separarse los concurrentes se pronunciaba sobre la sepultura el elogio del difunto.

Para los ciudadanos muertos en los combates, los magistrados tenían cuidado de escoger el orador que debía tener esta misión, y cada aniversario se repetía lo mismo (1). Estos homenajes eran de los que más complacían á los manes del difunto. A los funerales de los personajes de alto rango seguían juegos, cuyos premios estaban en relación con las circunstan-

(1) Cic. de Orat.—Thucyd. 2, 34.

cias del muerto ó con la fortuna de los ciudadanos que los celebraban. Las coronas de los vencedores estaban formadas de peregil, planta consagrada á los muertos. Terminados los funerales cada uno pensaba en purificarse de la mancha contraída por su proximidad con el difunto: sin esta ceremonia, que consistía en recibir el humo del azufre que arrojaban en el hogar, no podían ser admitidos en los templos y ejercicios religiosos. Despues de los juegos celebraban una comida, en la cual solo se hablaba de las virtudes del difunto, y todo lo que caía de las mesas estaba reservado al alma, guardándose bien los convidados de recogerlo ó tocarlo, llevándolo despues al lugar de la sepultura y allí se ofrecía á las manos del difunto. Una lámpara estaba ordinariamente colocada en las sepulturas que los parientes, para dar una prueba de su afecto al difunto, la sostenían por algunos dias, adornándola además con flores y otras plantas, entre las cuales se contaba el peregil. El amarantho, la rosa, el jazmin y el mirto componían las primeras. Estas flores estaban colocadas en guirnaldas, rodeando la columna que se elevaba generalmente sobre la tumba, cuya piedra sepulcral se cubría con perfumes preciosos. En Argos y otras ciudades, á la terminacion del luto tenían la costumbre de ofrecer un sacrificio á Apolo, y treinta dias despues otro á Mercurio. El primero porque velaba los cuerpos, y el segundo porque era el encargado de trasportar las almas.

El provecho del sacrificio era dado al sacerdote de Apolo. Se apagaba el fuego del sacrificio que se consideraba como manchado y se encendía otro sobre el cual se cocían las carnes de las víctimas. En estos sacrificios no se inmolaban si no terneras ó corderos negros, que tenían lugar en un hoyo ó fosa, pero generalmente las ofrendas eran libaciones de sangre, miel, vino, leche y agua.

A los atenienses les era prohibido el gastar en esto más del valor de un buey. Tambien se derramaba agua de azahar, sin olvidar la miel, que era considerada como el emblema de la muerte, y el agua empleada en las libaciones recibía el nombre de *lustral*; siendo costumbre en los funerales de un casado el que la viuda la llevase; en los de un adolescente era llevada por un jóven de la misma edad, y en los de una doncella por una de sus compañeras. De aquí las estatuas de vírgenes

llevando un perro, colocadas ordinariamente sobre las tumbas de las doncellas.

Los griegos tenian dias de aniversarios en que verificaban sobre las tumbas la repeticion de todas estas ceremonias.

Los niños de corta edad no tenian derecho ni á las libaciones ni á las demás ceremonias.

En el artículo siguiente terminaremos.

BENITO VILÁ.



EL PROGRESO INDEFINIDO



El dolor en mi alma permanente
tan grave duda al pensamiento inspira,
que ya en mi labio la palabra espira,
y es solo un ¡ay! que exhalo tristemente.
¿Será el mal en la tierra omnipotente,
y la creencia en Dios torpe mentira?
A lo perfecto el hombre siempre aspira,
¿jamás se cumplirá su afán ardiente?

Si de mi sér la esencia misteriosa,
en infinitas vidas trasformada,
nunca vencida y nunca victoriosa,
á eterna lucha se halla condenada;
antes que esa existencia tormentosa,
quiero dormir el sueño de la nada.

LUIS VIDART.

IMPUGNACION

DEL DERECHO OPRESOR QUE SE INTENTA IMPONER AL CORCHO EN BRUTO

(Continuacion.)

EL TREINTA POR CIENTO.

Para hacer más accesible la cuestion á los lectores poco acostumbrados á las de esta clase, hagamos jugar la proteccion en un caso concreto. Ninguno mejor que el mismo que tenemos entre manos.

Ya hemos visto que el primer derecho sedicente *protector* establecido en Cataluña fué el de 30 por 100; y ese mismo piden hoy los taponeros y sus representantes con un candor verdaderamente patriarcal.

Inútil es decir que un derecho de esa especie será, si se quiere, una proteccion muy humanitaria, pero que encierra una prohibicion bien inhumana.

¡Treinta por ciento! Los financieros de estos tiempos echan tantos por ciento, ni más ni ménos que si se tratase de fichas de jugar al tresillo. ¿Qué especulacion que no sea excepcional y semifabulosa rinde el 30 por 100?

Pero dicen con la mayor inocencia los enamorados de la proteccion: «El consumidor lo pagará.»—Entre paréntesis: ¿y el consumidor no es prójimo?—Pero repliquemos sin paréntesis: O no lo pagará. Si el artículo no le es necesario, no lo pagará. Dejará de comprarlo, y en ese caso el dichoso 30 por 100 es para el pobre productor una interpelacion igual á la consabida de las veredas de Sierra Morena con trabuco en mano: «La bolsa ó la vida.»

Pero supongamos que el artículo sea para el consumidor necesario. Lo primero que se le ocurrirá es buscarlo donde no tenga derechos, y donde los tenga no se venderá.

Llevemos nuestras concesiones hasta la estrafularia suposicion de que el artículo es necesario, y no lo hay más que en el punto recargado. La bolsa del consumidor no será ilimitada. Lo natural es que no pueda dedicar á la compra de ese artículo más que una determinada cantidad. ¿Subís el artículo un 30 por 100 más? Pues

comprará un 30 por 100 ménos. Al cabo de tres años y un tercio la produccion se encuentra con un ciento por ciento de sobrantes; ó lo que es lo mismo, de perturbacion, de angustia, de ahogo. Desde luego la crisis, á seguida la baja, por conclusion la muerte, ó al ménos el asma de la produccion.

A ésta singular operacion le llaman los proteccionistas *protecto-ra*. Sin duda ninguna:

«Como llaman rabones á los mu...»

Lo demás lo dice el refran.

CONVENIENCIA DE LA PROTECCION CORCHERA.

Los dos párrafos anteriores son una excursion teórica, oportuna para refrenar la tendencia genérica de nuestro país á la teoría de la proteccion. Sea, no obstante, la opinion de nuestros lectores sobre esta cuestion en abstracto la que quieran; vengamos á la conveniencia de la proteccion fabril corchera que determinadamente se demanda. La proteccion en general podrá ser, si se quiere, una cosa muy buena, sin que por eso deje de ser, como realmente lo es, la proteccion fabril que ahora se pide una cosa muy mala.

Sentemos ante todo que los más exagerados proteccionistas no han mirado nunca la proteccion sino como un recurso provisional ó supletorio, ó como el riego que se da al arbolito naciente para que arraigue y pueda sostener el choque de los vientos de la concurrencia, ó como el abrigo que ha de defenderlo de contrariedades de diverso género que en muchos, por no decir los más de los casos, son las que ha hecho nacer en otras partes el mismo sistema protector.

Ahora bien; ¿se encuentra en ese caso la industria taponera?

Absolutamente no. Cabalmente es una de las pocas industrias aborígenes en el país: lleva un siglo de existencia, y es una de las que han tenido más próspero desarrollo. Pedir, pues, á esta industria el beneficio de la proteccion es declararse un ente del tipo del niño de cien años, *puer centum annorum*, de que nos habla el profeta Isaías. ¿Con que ese niño necesita al cabo de cien años el baba-dero de la proteccion para sentarse á la mesa y comer en el festin de la industria? Pues está juzgado. Su mismo honor le impide demandar esa proteccion vergonzosa. Hace ya tiempo que es mozo de casa abierta y bien puede manejarse por sí.

Desengañense los catalanes. La broma de la proteccion se va ya haciendo pesada.

La industria no ha de ser como la mujer en la antigua Roma, que estaba sometida á perpétua tutela. La civilizacion moderna que ha emancipado la mujer, tiene por precision que emancipar la indus-

tria. Son ideas correlativas que descansan en un mismo principio, y que tarde ó temprano tendrán que ponerse en armonía.

JUSTICIA DE LA PROTECCION.

Supongamos, y es bastante suponer, que la proteccion demandada se ajusta á las leyes de la conveniencia: ¿se adapta igualmente á las de la justicia? Nuestros lectores van á ver que si bajo el primer aspecto la proteccion no debe inspirar más que desvío, bajo el segundo debe levantar profunda indignacion.

Efectivamente: la proteccion se ha entendido hasta aquí siempre como una ayuda económica, otorgada á nombre de la utilidad pública y satisfecha genéricamente por el presupuesto. Los derechos protectores son un verdadero impuesto en favor de tales ó cuales producciones favorecidas, pero pagado por la generalidad. Son recargos que pesan sobre el consumidor, y este no es fulano ni mengano, ni tal ó cual clase. Es el público, y por más que sobre esta teoria haya mucho que decir, al fin aparecen siempre como una carga general más ó ménos conveniente y oportuna.

Pero el caso de esta desatentada imposicion es muy diferente. Se dice á los productores y comerciantes de corcho: «Sois libres de convertir vuestra produccion en tapones; pero si no quereis ser fabricantes de corcho, abonareis tanto por ciento á los taponeros para que ejerzan su industria.»

Con mayor exactitud: «Si no quereis ser taponeros os castigo con la multa de tanto por ciento, que me meto en mi bolsillo, y los taponeros se quedarán como estaban antes.» El impuesto, pues, ó es una limosna forzosa ó una multa por no haberla tributado. ¿Tiepe esto justicia? ¿Tiene siquiera sentido comun?

Síntesis admirable jurídica de esta estupenda concepcion legislativa:

1.º Violacion del derecho primitivo del hombre de disponer libremente del fruto de su trabajo.

2.º Vulneracion de los derechos creados bajo esa base, contando con la garantizacion gubernativa del principio de libertad.

3.º Excepcion consiguiente de reclamaciones, pleitos y disidencias sobre los perjuicios á que dá lugar el trastorno de las bases sobre que descansan los contratos del corcho.

4.º Obligacion á todo tenedor de corcho á hacerse taponero, aunque no tenga vocacion.

5.º Obligacion subsidiaria de vender el corcho á los taponeros con una depreciacion consiguiente, equivalente á una limosna forzosa para que continúen en el oficio.

6.º La denegacion de esa limosna convertida en un delito que hasta ahora no habia tenido cabida en ningun código penal.

7.º Sancion ineficaz del crédito, porque en pagando el tanto por ciento prefijado, el corcho sale, los taponeros se quedan á la luna de Valencia, y no se ha conseguido el remedio del mal.

8.º Paralizacion del gran movimimiento corchero á causa de estas hondas perturbaciones.

¡Y esto se llama legislar!

VIOLEACION DE LA LIBRE DISPOSICION DE LA PROPIEDAD.

La primera y enorme injusticia que entraña esa medida es la violacion del derecho primitivo del hombre á la libre disposicion del fruto de su trabajo.

¿Por qué no han de ser libres los productores del corcho de venderlo en la forma que se les antoje, como hacen los labradores con sus frutos, los selvicultores con sus maderas, los ganaderos con sus reses y los mismos taponeros con sus tapones?

La proteccion hasta ahora, con toda su odiosidad, no habia subido tan alto. Limitábase al encarecimiento indirecto de los productos por virtud de las imposiciones arancelarias, pero jamás habia llegado á la absurda é intolerable imposicion de prohibir á una clase del Estado la libre disposicion de sus cosas en beneficio de otra. El verdadero nombre de esto es espoliacion.

VULNERACION DE LOS DERECHOS Y LAS ESPERANZAS LEGÍTIMAS.

Los que han tomado la iniciativa en esta odiosa reforma legislativa tienen sobre el asunto una ignorancia increíble.

La explotacion del corcho es una especialidad que descansa sobre bases peculiares que le son propias. Algunos propietarios hacen la explotacion directamente por sí mismos; pero otra gran parte, y por punto general todos los propietarios en pequeño, verifican su aprovechamiento por contratos á largo plazo con capitalistas que realizan despues la explotacion en grande escala. El período mínimo es el de nueve años, tiempo necesario para la cria del corcho en una forma utilizable. Es frecuente que los tratos se extiendan á dos ó más sacas, ó lo que es igual á 20 ó 30 años, y constantemente intervienen adelantos mayores ó menores, pero siempre considerables, como garantías del convenio ó medios de llevar adelante la creacion ó el aumento de los alcornocales.

La imposicion de un derecho prohibitivo, más ó menos velado, es en ese estado de cosas el lanzamiento de una bomba incendiaria en el campo pacífico de las operaciones agrícolas. Todos los

hombres honrados y emprendedores que han venido á fecundar con sus capitales y su inteligente direccion esta seccion, muerta ó dormida, de nuestra produccion agrícola, se encontrarán, no ya perturbados, sino completamente trastornados por un desencajonamiento de sus cálculos que paraliza por de pronto su movimiento mercantil y les presenta en lontananza la triste perspectiva de la ruina.

Que este malestar se ha de dejar sentir entre los propietarios de alcornoques es una verdad evidente que no ha menester demostracion. Sin embargo, si los desatentados promovedores de este funesto pensamiento quieren una, se la podemos presentar con carácter de actualidad y, usando el lenguaje de la época, *palpitante*. La ilustre casa de Montijo, una de las primeras del país en la produccion del corcho, tenia anunciada la subasta de sus vastas posesiones de Extremadura para fines del mes anterior.

Pues bien: siendo el corcho el artículo más solicitado de nuestro país, ha bastado la publicacion de la autorizacion en la ley de presupuestos para que no se presente un solo postor en la subasta.

Bien pudiera aplicarse aquí la célebre frase de Mirabeau. «El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes.» Así contesta la sensatez de los especuladores á los extravíos de los legisladores.

SEMILLERO DE PLEITOS.

La bárbara imposicion de un derecho de 30 por 100 sobre el corcho en bruto absorbería evidentemente toda la ganancia de los especuladores del corcho. ¿Sobre quién debería recaer este siniestro? ¿Sobre los propietarios ó sobre los arrendatarios? Sobre ambos y sobre el país. Sobrevienen setenta mil pleitos y se gasta en ellos un setenta por ciento del valor del corcho. Con los treinta perdidos por la proteccion, suma ciento por ciento. La riqueza corchera se hunde. Pero quedan protegidos los taponeros, los abogados, los escribanos y los curiales.

Y *tutti contenti*, como dicen los italianos.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD, DE M. LAURENT

Pocas obras han visto la luz en lo que va de siglo sobre la historia humana, que puedan competir en condiciones críticas, en importancia filosófica y en imparcialidad, no obstante la diversidad de los puntos delicados de que trata, con la obra del ilustre filósofo belga, recomendable por sus elevadas miras, digna de elogio por su unidad inquebrantable y por su estilo conciso, correcto y enérgico siempre.

En esta obra jamás se pierden de vista los esfuerzos hechos por las generaciones para llegar á la inspirada comprensión de la unidad.

Todos los tomos se enlazan como los eslabones de una cadena firmísima y en todos ellos aparece la humanidad caminando por la senda de la perfectibilidad, que en cada época se determina con sus distintas formas; se aclaran los conceptos de la vida hasta reconocerla en la plenitud de la conciencia; se trazan los caracteres de la civilización y de las razas en relación con el medio en que viven; se analizan los hechos y las tendencias políticas y religiosas de todos los pueblos; se expone el concepto universal de las leyes de la historia dentro del progreso, y se demuestra, en fin, con un gran criterio filosófico, la acción incesante de Dios sobre la humanidad en armonía con la acción poderosa de la libertad.

Todas las grandes ideas, todas las conquistas científicas, las obras más eminentes del ingenio humano, los esfuerzos hechos por las generaciones en la vasta esfera de su actividad física y moral, todo lo que constituye, en fin, el gigantesco trabajo del progreso, está consignado, explicado y discutido en esta obra inmortal. ¿Qué más? Un profundo sentido democrático, una erudición de primer orden, una enseñanza sabia y provechosa y un gran espíritu religioso tan distante de las exageraciones de ciertos providencialistas, como de las utopías del materialismo moderno, es el objeto también de la obra, y tal es el rico resultado que de su lectura puede obtener toda persona que la lea con espíritu sereno, y animado por el sincero deseo de instruirse y de hallar la verdad.

El plan que adoptó Laurent para su obra, cuando dió á luz los primeros tomos, no es tan importante como el que ahora tiene. Su objeto entonces se redujo solo á hacer una *Historia del derecho de gentes y de las relaciones internacionales*, y con este título publicó en 1850 los tres primeros tomos de los diez y ocho de que consta la obra. Ahora bien: como el derecho de gentes, segun lo entiende Laurent, «enseña las leyes que rigen á los pueblos considerados como miembros de la humanidad,» y comprende, además, el progreso de estos pueblos, reconoció que con los mismos elementos que le suministraban estos ensayos era susceptible escribir unos verdaderos *Estudios sobre la historia de la humanidad*, y con este motivo dió desde el tomo IV mayor extension á su trabajo, adoptando el título que hoy lleva, aunque conserva el que tuvo en su origen, segun la costumbre seguida en Alemania.

Indicado ya el pensamiento trascendental de esta obra y la transformación que ha sufrido, mejorando sus condiciones generales, réstanos explicar ligeramente el contenido de los seis tomos que hasta la fecha lleva traducidos el Sr. Lizárraga, y que los Sres. Aullo y Rodriguez publican sin interrupcion, con un celo digno de elogio.

El Oriente, cuna del género humano y patria de las tres grandes reli-

giones que hoy dominan al mundo, esto es, el budhismo, el cristianismo y el mahometismo, es el objeto del tomo primero.

El destino que cumplió la civilizaci6n primitiva de este pueblo, y de qué manera fué transmitida á otros pueblos, de quienes la hemos heredado, así como el producto de su actividad y de su trabajo propio, se hallan descritos con profundidad en este libr6. Considerada el Asia por Laurent como el punto de partida de nuestra vida intelectual y moral, no está conforme con la opinion de Ballanche y otros pensadores acerca de la inmovilidad del Oriente, juzgando esta creencia como una preocupaci6n histórica; y cree que algun día tendremos que confesar nuestra ignorancia por haber atribuido á Dios el impío designio de predestinar á un estado inm6vil, como la muerte, á la más bella region de nuestro planeta.

Laurent no se reduce á esto en sus apreciaciones y prueba su tesis con un juicio crítico imponente. Para él casi todo es progresivo en esa tierra clásica de nuestra civilizaci6n y cultura. Los libros sagrados de la India, sus poetas y sus filósofos, revelados al mundo por los orientalistas modernos, tienen para él toda la importancia de una revoluci6n intelectual. De sus sectas religiosas salieron sábios reformadores, y el budhismo, despues de una lucha secular, convirtió á su fé á una gran parte del mundo asiático y supo inspirarse en el dogma de la igualdad, en un país cuya organizaci6n social se fundaba en las castas. Estos y otros hechos autorizados que cita Laurent, prueban que el Oriente estaba sometido á la ley general de la humanidad, la vida y el movimiento.

El tomo segundo trata de *Grecia*, y en él explica el autor aquellas unidades del mundo oriental y de qué manera iba preparándose la humanidad para recibir en su seno la salvadora idea del cristianismo, mediante las diversas sectas religiosas y filosóficas en que estaban divididas las escuelas de Grecia; y en el tercero trata de Roma, es decir, de aquel brillante período de este pueblo famoso por su tradici6n, por sus leyes, por su civilizaci6n, por sus crímenes, por sus guerras y, sobre todo, por su república y por el dominio de los Césares, que la hizo dueña absoluta del mundo.

Tal es, sumaria y toscamente indicado, el objeto de estos tres libros; pero en donde más brilla la poderosa inteligencia de Laurent es en el tomo IV, que trata de *El Cristianismo*. En él explica las diversas transformaciones verificadas en las antiguas religiones, para preparar el advenimiento definitivo de una nueva fé y de un nuevo derecho; y despues de trazar la marcha de los principales acontecimientos que concurrieron á este fin, y de algunas consideraciones sobre la filosofía en sus relaciones con la idea cristiana, entra de lleno en la trascendental cuesti6n de la divinidad de Jesucristo, resolviéndola con un tacto esquisito y con una habilidad admirable, con arreglo á los principios de la filosofía y de la crítica histórica.

El tomo V, el más acabado acaso de toda la obra, tiene por objeto el estudio sobre los *Bárbaros y el Catolicismo*. Está dividido en cuatro partes: la primera trata de la invasi6n de los bárbaros, de su estado social y de su providencial destino; la segunda de la unidad de los bárbaros, de sus conquistas y de la extension y organizaci6n de su imperio; la tercera del catolicismo, su misi6n, conversi6n de los bárbaros, etc., y la cuarta de los árabes, de su civilizaci6n, ideas religiosas y provechosa influencia ejercida en Europa. Por los temas de estos capítulos júzguese de la importancia de este tomo, en el cual se hace tambien un detenido estudio sobre el mahometismo, tan mal comprendido y calumniado por la pasi6n religiosa.

El tomo VI, que acaba de publicarse, y que por valor histórico está juzgado como una obra maestra, tiene por título *El Papado y el Imperio*. Tres son los asuntos, á cual más interesantes, que constituyen este libro, que Laurent nos describe con la mágia de su estilo, con su lógica incontestable.

ble y con la severidad de su recto juicio histórico: las sangrientas luchas que han sostenido esos dos poderes antitéticos, el papado y el imperio, y que tanto han conmovido al mundo cristiano; la disolucion de la unidad de la Edad Media y la actitud y tendencias reaccionarias del ultramontanismo moderno, que tanta influencia perturbadora ejerce hoy en la marcha y en la manera de ser de la política europea.

Con estas breves indicaciones basta para comprender toda la importancia de los seis tomos que hasta la fecha ha traducido el Sr. Lizárraga á nuestro idioma de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*, del sabio profesor belga.

Esta obra, que será eternamente un monumento de doctrina y de saludable enseñanza, ha sido objeto de la oposicion más violenta por parte de la prensa ultramontana de Europa. Cuando apareció el tomo IV, los periódicos de esa escuela política lo atacaron á porfia, y uno de ellos, que se publicaba en Gante, el *Het Vaderland*, supuso que Laurent había dicho en su obra que *la razon es superior á Dios*.

La prensa ultramontana francesa tambien recurrió á las mismas armas para acusar á Laurent. Algunos diarios digeron que era discípulo de Hegel, que divulgaba en Bélgica el sistema panteista de este filósofo ilustre: otros que abundaba y defendia las doctrinas irreligiosas de Strauss y de Fenerbach, y no pocos llegaron á suponer que negaba la distincion que existe entre el bien y el mal. Hasta tal punto llegó la saña contra Laurent, que el obispo de Gante pidió al ministro del Interior, de Bélgica, que destituyera al respetable profesor de la cátedra que desempeñaba en la Universidad de dicha poblacion. En Flandes tambien el clero le acusó de *negar la existencia de Dios*, y mientras la lucha arreciaba por todas partes, en Roma se prohibia la obra por la Congregacion del Índice.

Esta oposicion sistemática é injusta, lejos de perjudicar al libro, contribuyó para aumentar más su reputacion y excitar la curiosidad y el deseo de conocerlo hasta en los más indiferentes. Así se extendió su fama, que será imperecedera. «Con obras como las de Laurent, dice un profundo escritor contemporáneo, el espíritu de caridad y tolerancia se afirma, el sentido histórico se eleva, los sanos principios filosóficos se robustecen, la confianza en el porvenir se despierta, el abatimiento del presente se aminora, y, finalmente, la fé vivificadora en Dios y en su Providencia sobre el mundo, renace pujante para dar al hombre aquella resolucion animosa, aquella firmeza incontrastable, aquel espíritu sereno, que son el privilegio inestimable de los que nunca oscilan ni se amedrentan, porque saben que con ellos está Dios.»

Este es, pues, el concepto que generalmente inspira la obra del historiador insigne, á todos los hombres de levantado espíritu que aman la verdad y creen en el progreso, ley de nuestra historia.

Producciones como las de Laurent, no solo inmortalizan á sus autores, sino que honran tambien á la humanidad.

J. G. MONTI.

Teniendo nuestro Director, por el delicado estado de su salud, necesidad de pasar otra temporada en Málaga, durante su ausencia queda encargado de la direccion de la REVISTA el redactor de la misma nuestro querido amigo D. Francisco del Pino.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
ANTONIO LUIS CARRION.